

Un niño en la Revolución Mexicana

René Avilés Fabila



NADIE COMO ANTONIO CASTRO LEAL PARA ANALIZAR la novela de la Revolución Mexicana. El problema es que centró su atención en los más admirables ejemplos y afuera quedaron algunas docenas de obras que merecían ser rescatadas, no tanto por el peso de sus autores como por su valía literaria específica. Razones existen: su tema era la novela y muchos libros eran de cuentos, unos más autobiográficos, piezas dramáticas y los fuimos perdiendo salvo algunos casos memorables; en cuento, digamos, podíamos citar como uno de los mejores a Rafael F. Muñoz, cuyo relato “Oro, caballo y hombre” es una obra maestra insuperable. El fenómeno revolucionario de 1910 no era un simple choque entre poseedores y desposeídos, fue la transformación de México y la exacerbación de sus virtudes y defectos. Entre los últimos, el rencor, el resentimiento, el caudillismo y la corrupción parecen más valiosos para el literato que las primeras.

La Revolución marca efectivamente un cambio profundo en México y nos obliga a mirar hacia nuestro interior en busca de la propia identidad. Entre los libros de memorias hay uno de extraordinaria belleza, *Un niño en*

la Revolución Mexicana de Andrés Iduarte, tabasqueño que el feroz remolino condujo a la capital mexicana donde hizo una brillante carrera intelectual. El trabajo inicial de Iduarte es un magnífico producto de una manera peculiar de relatar la propia vida, recurrir a la autobiografía, como lo consiguió Nellie Campobello, quien sí es parte de los tomos de Castro Leal, con su novela *Cartucho*. En tal sentido, más adelante, sólo Elena Garro obtiene una obra de semejante talla con *1937, memorias de España*. Una todavía adolescente, ya casada con Octavio Paz, relata sus andanzas en la Guerra Civil Española, al lado de alguien que siempre fue un adolescente maravilloso, Juan de la Cabada, más que de la mano de Alberti, Siqueiros, Modotti o del propio Paz. En este campo vale la pena señalar otra obra clásica: *El retrato de mi madre* de Andrés Henestrosa.

La crítica fácil ha señalado que el libro de Iduarte resulta “reaccionario”. No es sencillo sostener una argumentación que separe lo “liberal” o “revolucionario” de lo “reaccionario”. Las pugnas históricas no fueron tan simples, lo que llama la atención es que para muchos sigan vigentes con distinta terminología. Es parte de una historiografía oficial, hecha por los vencedores, donde predomina una retórica falaz sobre el análisis serio.

Pensar, por ejemplo, que Miguel Miramón era un “traidor a la patria” significa ver las cosas sin seriedad crítica; era un hombre, ciertamente equivocado, que luchó en el bando opuesto a quien representaba la razón y la defensa de la República liberal, Benito Juárez, pero no un traidor. Tampoco el mismo Juárez resultaba un hombre perfecto, lo fue de claroscuros y sus enemigos —como Francisco Bulnes— trataron de ir más lejos

en sus críticas. Es aún ahora el caso de Porfirio Díaz, quien supuso, como todos los dictadores, que su presencia eterna garantizaba la supervivencia y avance del país, cuando ya no era más el héroe republicano sino un tirano que toleraba matanzas, opresión y desigualdades feroces. Hay un Díaz en 1880 y otro distinto en 1910.

El valiente guerrero, vital para Benito Juárez, no supo retirarse a tiempo, morir en el momento adecuado y así quedó en nuestra imperfecta historia, como un típico villano, cuyos restos son imposibles de regresar a México.





Hoy, esa misma lucha de contrarios persiste en la retórica: derecha contra izquierda. El caso es que si la derecha es obvia, la izquierda es irreal, una mera fantasía, una terminología fomentada por estudiosos y periodistas comodinos e intelectuales orgánicos, no como los imaginaba Gramsci, sino como sus propios intereses materiales les dictan.

Si Castro Leal dividió a la novela de la Revolución Mexicana en dos partes: la que escribieron aquellos que fueron testigos, partícipes de la gesta, y la de quienes fueron niños cuando ocurrió, que vieron a distancia el movimiento o escucharon de él por boca de los mayores, queda una tercera etapa, que no aparecía cabalmente en los tiempos de Antonio Castro Leal, la que nos deja ver los resultados de la insurrección iniciada por Madero, los Flores Magón, los hermanos Serdán, Zapata y Villa. Aquí ya no son las grandes batallas ni las hazañas de hombres duros que se formaron en las acciones militares, sino la terrible y tenaz corrupción, la inmoralidad, de nuevo las injusticias restándole trozos de méritos a los logros y conquistas.

Como lo anticipó Fernández de Lizardi en *El periquillo sarniento*, se desarrollaron las artes y la educación, se hizo una magnífica Constitución, se acabaron las inmensas haciendas, las tiendas de raya y la explotación de los campesinos, pero paralelamente crecieron o resucitaron los ladrones, los pillos, los personajes de escasos escrúpulos, la Revolución se hizo gobierno y volvimos a los orígenes en más de un momento.

Novelas como *La Región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes son buenos ejemplos. Están allí los pésimos resultados que convierten a la nuestra en una revolución fallida o interrumpida. A cien años, el tema no ha muerto como suponían

varios críticos y lectores, pero ahora los ocupa una literatura que muestra las decepciones y los fracasos. A veces, de nuevo algunos regresan a la parte épica, como el propio Fuentes en *Gringo viejo*. Pero lo importante es que la Revolución Mexicana sigue siendo noticia y tema para escritores e historiadores, los primeros regresan a una época única, la imaginan y recrean, los segundos intentan separar la paja de lo bueno, reescribir la versión correcta o revalorar a más de un autor que injustamente ha quedado atrás simplemente porque no le gustó la brutalidad de la Revolución Mexicana.

Falta, para tener un cuadro completo y sin excepciones, una literatura que el México oficial ha desdénado, la producida por la contrarrevolución, la guerra llamada Cristera por unos, Cristiada por otros; y cuyos fondos, bien vistos, no son solamente religiosos sino resultado del problema agrario y los avances constitucionales impuestos por la fuerza y no por la razón. Allí bien podrían estar *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro, entre muchos otros de calidad.

Andrés Iduarte no escribió una novela basándose en los recuerdos de niñez, no hizo la historia de la



lucha fraterna en Tabasco y en el DF, se limitó a una tarea de apariencia modesta: narrar cómo fue su niñez en Tabasco y su periplo a la ciudad de México. La prosa es la de un niño observador, agudo, inteligente y con una sólida formación cultural que le viene de familia, que mira las diferencias sociales y raciales con sincero estupor.

Sus observaciones siempre desconcertadas, llenas de preguntas que sólo el tiempo responderá, son las de un pequeño cuyo mundo se derrumba estrepitosamente y el nuevo nace imperfecto, heredero de los mismos vicios del porfirismo. Las luchas entre “reaccionarios” y “revolucionarios” lo confunden: en su misma familia, llena de apellidos ilustres, los hay de un bando y del otro, ¿cuál es el camino?, ¿a dónde ir?

Como a tantos otros en esa convulsionada etapa mexicana, el niño Andrés Iduarte se convierte en hombre maduro y bien formado intelectualmente en la capital. Desde sus trincheras es capaz de mirar algunas ventajas de la Revolución y las desventajas, el movimiento que cae en manos de tortuosos y corruptos. Escribe Iduarte citando a un vendedor de frutas: “No

son revolucionarios, sino robolucionarios.” Por desgracia, esta ignominia creció hasta hacerse monstruosa. El niño se percata claramente que el movimiento esperanzador se había desmayado (el término es suyo) de forma prematura.

No todos en aquellos tiempos se formaron en la pasión de la gesta, como Martín Luis Guzmán o Rafael F. Muñoz, al lado de Villa. Los hubo como Alfonso Reyes, espiritualmente golpeado por la muerte de su padre, el general Bernardo Reyes, que opta por buscar otras referencias culturales para su arte narrativo, dramático y ensayístico. Tampoco a Julio Torri, tan ateneísta como los anteriores, parece importarles la Revolución.

En cambio, Andrés Iduarte aprovecha su niñez para mostrar en una muy bella prosa, única entre los libros autobiográficos mexicanos, sus años iniciales en medio de batallas y dificultades peculiares. Recurre al buen humor y ve a sus paisanos como griegos tropicales o africanos que desean ser griegos. La lista de nombres de filósofos y literatos de la Grecia clásica o del mundo latino es contada con desenfado y naturalidad por el niño-hombre Andrés.

La primera lectura de *Un niño en la Revolución Mexicana* no me produjo la emoción de la cercanía con Madero, Villa, Obregón, Zapata o Carranza, más bien me recordó que en mi casa los mayores de la familia Fabila discutían sobre esos mis personajes legendarios y tomaban partido.

Mi abuelo recordaba que el grado de mayor lo obtuvo del lado zapatista. Su hermano, mi tío abuelo Gilberto Fabila, senador con Plutarco Elías Calles, defendía los méritos de Carranza y hasta los del propio Jefe Máximo, sin olvidar, desde luego a Álvaro



Obregón. Del lado paterno, mi abuelo Gildardo F. Avilés, discípulo aventajado del maestro Enrique C. Rébsamen, pensaba que el porfirismo tuvo excelentes momentos. Sentí, en mis pocos encuentros con él (murió cuando yo tenía unos nueve años), que añoraba la figura impresionante del dictador. Es decir, en una época todavía impregnada por la Revolución Mexicana y una excesiva publicidad oficial, yo encontraba las mismas dudas que había hallado el niño Andrés Iduarte. Debo añadir que me conmovía la belleza de la escritura, su fluidez y el ritmo de la musicalidad logrado en esa obra.

Andrés Iduarte nació en San Juan Bautista de Tabasco, hoy Villahermosa, en 1907; su formación se la debe a la Universidad Nacional de México, los posgrados a la Universidad Central de Madrid y a la Universidad de Columbia en Nueva York. Hizo una larga carrera académica y ocupó puestos relevantes dentro de la educación y la cultura. Su última gran tarea en México la tuvo al frente del Instituto Nacional de Bellas Artes, de 1952 a 1954. Murió en 1984,

dejándonos recuerdos imborrables y libros formidables. Entre estos últimos están *El libertador Simón Bolívar*, *Veinte años con Rómulo Gallegos*, *Elogio de México*, *Alfonso Reyes, el hombre y su mundo*, *El mundo sonriente* y *En el fuego de España*. Entre los primeros sobresale su memorable trabajo al frente del INBA. Lo conocí en las oficinas del antiguo edificio del Fondo de Cultura Económica en avenida Universidad, en 1969. Ambos éramos autores de tal empresa. El primer encuentro fue formal. Nos presentó Salvador Azuela y junto con el poeta Rubén Bonifaz Nuño y Francisco Monterde, platicamos de libros. Fui más lejos y le pregunté por un hecho de su vida, muy significativo en el panorama cultural mexicano, hoy sin grandeza: la muerte de Frida Kahlo. Su plática era cautelosa y no fue más allá de lo sabido públicamente. Quizá la diferencia de edades lo hizo discreto. O no apreciaba recordar el absurdo y escandaloso incidente que le costó la salida del INBA y enseguida un exilio voluntario que nos impidió disfrutar más los beneficios directos del distinguido intelectual, siempre caballeroso, digno y sensible.

La muerte de Frida Kahlo desconcertó a sus amigos y admiradores. Aunque se sabía de su larga y penosa enfermedad, uno nunca está preparado para el final. Aprovecho el relato que hace Bertram D. Wolfe en su libro *La fabulosa vida de Diego Rivera*, el dolido viudo le llamó a Andrés Iduarte para solicitarle que el cuerpo de Frida fuera velado en Bellas Artes. El director aceptó con la condición de que no convirtieran el velorio en un acto político. Ya en el vestíbulo,



los camaradas comunistas decidieron cubrir el ataúd con la bandera roja de la hoz y el martillo. Un tributo final a la pintora que tanto amó al marxismo: la causa que la pareja había abrazado con devoción y Andrés lo sabía. Pese a las protestas del secretario de Educación Pública, José Ángel Ceniceros, Andrés Iduarte hizo guardia junto al féretro, donde estaba el general Lázaro Cárdenas; en el entierro, leyó una conmovedora oración fúnebre y Carlos Pellicer dijo poemas a Frida. La reacción del gobierno de Adolfo Ruiz Cortines fue brutal y Andrés Iduarte tuvo que presentar su renuncia, para luego optar por la cátedra en universidades norteamericanas.¹

Cuando releí *Un niño en la Revolución Mexicana* le encontré mayores méritos y virtudes que durante la primera lectura. Escrito entre 1937 y 1938, entre Madrid y Barcelona, lejos del terruño y en medio de una guerra fratricida, es una obra plena de sinceridad y coraje, publicada en 1951, una lección de dignidad en épocas en que todos se hacían pasar por revolucionarios.

Sin duda los párrafos más conmovedores son aquellos que Iduarte le dedica a dos muertes pre-

turas: la de su hermana mayor, a quien mira declinar lentamente, en medio de un callado dolor, y la de su padre, a quien describe como un hombre formidable, bello, inteligente y generoso. La muerte de este último, contada con fina discreción, ocurre en un hotel de paso; de este momento, Iduarte no dice mucho.

Este es un libro que libera lo mejor del espíritu humano. Calificarlo peyorativamente como “reaccionario” —porque el propio Andrés Iduarte irónico lo dice en sus memorias de niño rumbo a la juventud— es una idea simplona. Fue un atento observador del mundo que lo rodeaba y producto de las confusiones del tránsito de una época a otra. Como casi todos los autores de la literatura de la Revolución Mexicana, fue pesimista, lo fue Mariano Azuela al escribir el primer libro sobre el tema y concluirlo mientras su personaje principal, Demetrio Macías, apunta, ya muerto, su fusil al infinito, sin ninguna esperanza de futuro.

Don Andrés Iduarte fue víctima de los gobiernos llamados posrevolucionarios. Por fortuna, supo mantener una altísima dignidad en la derrota que a la larga se ha convertido en triunfo literario. ■■■

¹ En años recientes, el palacio de Bellas Artes se ha convertido en una sala de usos múltiples, según los gustos y apreciaciones de las autoridades. Carlos Monsiváis fue velado en ese mismo sitio (ya convertido en sucursal de agencia funeraria), sus amigos cubrieron el féretro con una bandera multicolor que simboliza el mundo gay. No hubo protestas oficiales, sólo llanto a raudales de la burocracia cultural. Antes era pecado ser comunista. Sí, los tiempos han cambiado. Marx solía decir: la historia primero es tragedia, luego farsa.